

# UN VIEJO LLORA

Sabido es que el llanto acude a los ojos del ser humano en las situaciones más diversas. Aún las más contradictorias. Igual puede ser la expresión de un intenso dolor físico, como de una fuerte emoción de alegría. Así mismo puede ocurrir, y no pocas veces ocurre, que la impotencia ante una injusticia de que somos víctimas se manifieste involuntariamente en forma de llanto como única e incontenible válvula de escape.

Ya el niño al nacer expresa con el llanto las imperativas exigencias de su fisiología. Y desde entonces ya no abandonará jamás este instintivo lenguaje para manifestar su descontento. Aun cuando vaya adiestrándose en el aprendizaje del habla paterno no dejará por eso de utilizar, además, el llanto como un medio más, y no el menos eficiente, para obtener aquello que se proponga conseguir de los mayores.

Así que sea mayorcito, es decir, cuando la picardía se traduzca en la viveza de una mirada, tendrá en el llanto un fuerte aliado para imponer sus arbitrarios caprichos, y no deberá extrañarnos que derrame más lágrimas como recurso de protesta ante un deseo insatisfecho que como manifestación de un dolor real.

Ahí tenemos también a la niña adolescente que empieza a abrir los ojos al maravilloso mundo de las inquietudes amorosas. Sus ojos, de una brillantez candorosa, es probable que más de una vez se vean enturbiados por un llanto silencioso, solitario, y enigmático tal vez para ella misma. Sus sonrosadas mejillas se humedecerán posiblemente en más de una ocasión por causa de un amor incomprendido.

Más tarde aun, en la madurez, no les faltarán, ni a él ni a ella motivos para verter lágrimas de desconuelo. Verdad que las asperezas del duro luchar por la vida y los imponderables contratiempos, que nunca faltan, amararán un tanto la ferneza de sus sentimientos con el acibar del desengaño y la malicia, y su llanto, por consiguiente será más expe-

rimentado y más comedido. Pero la vena de sus lágrimas no dejará sin duda de manar con más o menos vehemencia.....

Pero me he extendido quizá demasiado en esta desquisición preliminar. Porqué de las lágrimas que aquí quiero hablarte, lector, nada tienen que ver con las que he citado. Son lágrimas sin llanto, silenciosas y profundas. Lágrimas producidas en el último término de este viaje terrenal que todos realizamos. Lágrimas de senectud, no por eso menos sentidas que ningunas de las vertidas en ninguna otra época de la vida. Lágrimas de unos ojos octogenarios, ya medio cerrados a la vida de los sentidos.

Fué un día de Fiesta Mayor, en pleno mediodía, cuando el sol hace mas incitante el ambiente festivo de la plaza del pueblo. Cuando la juventud, enardecida por la danza y por la vitalidad exuberante de su edad, exulta de alegría y de entusiasmo,

La cobla ejecutaba una de aquellas sardanas tan populares indispensables en un programa estival. La multitud, que llenaba totalmente la plaza, gozaba el momento trascendental del comienzo de los festejos. Enlazadas las manos, viejos y jóvenes, formaban las típicas sardanas punteando gozosos los rítmicos aires de la danza popular. La sonrisa en los labios, el pulso batiente por el ejercicio y el entusiasmo, mozos y doncellas seguían incansables el dictado de de las vibrantes notas del tiple y la tenora.

El viejo, a pesar de verse impotente para intervenir como los demás en aquel vaivén circular seguía atento la melodía de aquel canto que él tanto amaba, y seguía sus compases con un visible movimiento de cabeza. Al contemplar como los demás participaban activamente en la danza con el ir y venir de sus cuerpos y el puntear de sus ágiles pies, rememoraba añorante aquellos tiempos en que las mozas se disputaban su mano en aquel mismo lugar y en aquella misma

hora donde hoy se encontraba, siendo solo un espectro del apuesto joven que en aquel entonces había sido. Justamente aquella sardana que hendía los aires en aquel instante.—«Per tu ploro» de Pep Ventura — había sido el motivo inicial de sus relaciones con su difunta esposa.

El primer contacto con su candorosa mano lo había tenido al llevarla, trémulo de emoción, a bailar por primera vez aquella sardana en un primer día de Fiesta Mayor ...

Pero ¡cuánto tiempo había transcurrido desde entonces! ¡Qué lejos estaba aquel año escaso de su felicidad conyugal!

Luego, la viudez, comienzo de un porvenir repleto de desengaños y sinsabores. Después de haber navegado por todos los mares en la soledad, hastiado de cobijarse en hogares ajenos, mal servido y esquilado, había llegado al declive de la vida sin la esperanza de ningún sostén afectuoso.

Por eso decidió asilarse como único recurso en su decrepitud. En el convento, en compañía de aquellas piadosas mujeres hermanadas en la fe de Cristo, encontró el alivio que su lacrado corazón necesitaba en los postreros años de su existencia.

Y en tal día como hoy, cada año venía a deleitarse junto al tablado de la cobla, oyendo las melodías de su música preferida y contemplando como la juventud disfrutaba saltando al compás de aquella danza que tantos recuerdos queridos le avivaba.

Y fué entonces, en aquellos momentos de desbordante júbilo para el enorme gentío que llenaba la plaza, cuando me dí cuenta que de los velados ojos de aquel pobre vejete brotaban dos gruesas lágrimas que siguiendo los surcos de su arrugado rostro fueron a caer al suelo.

Dos lágrimas que para mi tenían, en aquellos momentos, mucho más valor emotivo y de homenaje al glorioso Pep Ventura que todas las risas juveniles que resonaban en la plaza en aquel primer día de Fiesta Mayor.

XAVIER.